

Angeles
MASTRETTA

El mundo iluminado



Mastretta escribe esta colección de relatos y viñetas que iluminan el universo cotidiano: viaja al pasado, lee viejos diarios, recupera momentos y lugares, versos y sabios consejos, rostros y anécdotas; desempolva héroes anónimos y conocidos, reales e inventados: una abuela que se vuelve licenciada; Luis Miguel, Cortázar y los cronopios, Jane Austen y la propia Ángeles Mastretta soñando una novela o peinando a su hija frente al espejo, un perro amigo de Quevedo, un médico que da permiso para fumar y emborracharse, Marcello Mastroianni, una lectora adolescente que se ha ido a vivir con su profesor de literatura, una mujer que oculta su enfermedad para evitar el dolor de quienes la quieren, una pareja de conversadores que se citan puntualmente, cada día, para contarse sus secretos por teléfono.

El mundo iluminado nos devuelve la certeza de que la felicidad es inevitable y de que a veces somos como esos chicos de uno de los relatos: queremos que nuestro globo llegue al cielo, hasta que descubrimos que un globo puede ser más divertido en la tierra, transformado en una bola de fuego azarosa y efímera.

A OJOS CERRADOS

¿**C**uántas veces cierra uno los ojos para no ver y cuántas para ver mejor?

Me lo pregunto porque creo que pensar la diferencia entre una cosa y otra puede ayudarnos a elegir cuál vida preferimos.

No ver lo que nos disgusta, nos aflige, nos amedrenta o nos enfurece y, a cambio, simplemente tratar de no ver nada, es mucho menos útil que cerrar los ojos y llenarlos con nuestras más privadas, arbitrarias y liberadoras fantasías.

En esta época de pérdidas y pesares, cerrar los ojos para distinguir con exactitud no sólo aquello que no queremos perder, sino todo eso que nos urge imaginar, es además de un consuelo, un deber de asombro al que no podemos negarnos.

Tirarse bajo el sol que devasta los cristales, apretar los ojos y conseguir permiso de cruzar en velero frente al faro entre rocas que vive labrado en una cajita azul sobre nuestro escritorio.

Cerrar los ojos para discurrir el pasado y volver a reírnos con la tarde de agosto en que nuestra amiga, la de los mil novios, entró a la iglesia, embarazada y radiante, siete años después que todas las demás.

«Pobrecilla, qué bueno que por fin se casa», dice una de nuestras vecinas de banca, invocando con sus palabras los comentarios y argumentos del escandalizado mundo por el que la novia cruzó como un cometa inocente y luminoso.

«¿Pobrecilla?», le pregunta la voz invicta de otra condiscípula. «Pobrecillas de nosotras. Ella tuvo todos los novios que quiso, bailó todo lo que se le apeteció, con quien se le apeteció. Dio qué hablar, dio en qué pensar, y mira la belleza de norteño con el que va tener hijos. ¿Lo estás viendo? Está divino, ¿verdad? Pues fíjate que además le va bien en los negocios».

Cerrar los ojos para ver a Cinthia, insólita y febril, compañera de un curso, maestra de todos los demás, devota de ese juego extenuante, mil veces mal agradecido que puede ser la danza clásica, bailando como un pájaro que ambiciona el universo, sola y perfecta en un salón cuyas paredes alguna vez fueron monasterio.

¿Quién sería el viento bajo esas alas? ¿Cuántas veces nuestras alas de ahora se mueven con el puro recuerdo de aquel viento? Sólo se mueren los que nunca pudieron hacer a otros imaginar la eternidad. Ella sigue moviéndose, como una diosa de agua, en los recuerdos de quienes la vimos bailar alguna vez.

Cerrar los ojos mientras nos acercamos al oído el caracol que duerme sobre la chimenea, y oír el mar. Recuperarlo, creer por un momento que toda nuestra vida hemos vivido oyendo su ruido milagroso, que nacimos junto a la playa como alguno de nuestros más remotos antepasados, que sólo ahí, sitiados de agua y lunas, fuimos capaces de una pasión que aún no logramos engañar.

Cerrar los ojos, sentir desde la punta de los pies la certidumbre de que nada puede caber en nuestros pensamientos, más complicados que la maquinaria increíble con que los pensamos. Una maquinaria que se manda sola y que no nos debe nada. Tantear el privilegio de vivir en ella, incluso cuando se descompone y nos duele.

Cerrar los ojos, y subir volando hasta el piso diecinueve de un edificio desde el cual vemos pasar a la gente allá lejos, rumbo a quién sabe dónde, diminuta y caprichosa como un juguete bajo el sol y su esperanza.

Cerrar los ojos y acordarse con toda precisión de los hombros inequívocos, la nariz impecable, los ojos clarividentes del marinero yugoslavo que conocimos una mañana en Cuba, hace más de veinte años. Imaginar que está vivo y que no ha matado a nadie. Imaginar que aún puede reírse con la boca de cielo con que sabía reírse, cuando pensaba que su país era una mancha azul y promisorio en el mapa de Europa.

Cerrar los ojos y convertir los cinco periódicos de la mañana en barcos de papel. Ayudar a los niños a ponerlos sobre el canal que bordea la fuente rugosa y gris del Parque México. Y ya no saber nada, nada que no sea juego y conjuro.

Cerrar los ojos y ser hombre. Entender cómo piensan, cómo discurren, cómo desean, por qué desean lo que desean. Temer como los hombres, ver a los hijos como los ven los hombres, escribir como un hombre, necesitar como un hombre, callarse como un hombre. Reconocer lo que siente un hombre cuando suma sus fantasías, cuando se asusta con sus desaciertos, cuando se deja arropar y piensa nuestro nombre. Ser un hombre, estar dentro de un hombre, y sentir lo que sienten cuando están dentro de una.

Cerrar los ojos, igual que si fuéramos bajando en la montaña rusa y no quisiéramos ver pasar las cosas de prisa, como cayéndose, sino despacio, haciéndonos el favor de sucederse poco a poco, dejándonos el tiempo largo para intentar asimilarlas de una en una.

Cerrar un ojo, hacerle un guiño al destino y descifrar la mitad como parece que viene y la otra mitad como queremos que venga.

Cerrar los ojos y oír la voz de los gobernantes sin ver sus corbatas, cerrar los oídos y ver el gesto con que acompañan sus palabras, para estar seguros de si tienen buena voluntad cuando han dicho que la tienen. Cerrar los ojos y saber, desde adentro, qué queremos que digan y hagan quienes gobiernan y quienes pretenden hacerlo.

Cerrar los ojos entrando a la panadería y dejar que nos corra, por todo el cuerpo y todos los deseos, el santo olor que las bendice.

Cerrar los ojos y tocar los cuadernos que los niños maltratan en sus mochilas, sus ires, sus venires y su desacuerdo estructural con la escuela. Sentir cómo late, bajo el plástico medio roto, la vida entera de quienes los devastan, mientras suman y maldicen los quebrados.

Cerrar los ojos un segundo, pero cuando vamos manejando bajo el tránsito reacio de Insurgentes, y ser nosotros un segundo robado a las obligaciones, nosotros a punto de salir al cine, novios como siempre que uno va al cine, en busca de historias que corroen y alucinan, de un modo tan perfecto como la vida y tan inolvidable como sus mejores minutos.

Cerrar los ojos en mitad de una reunión con amigos para oírlos mezclando sus pasiones, convocando a su sentido común o traicionándolo, con tal de enmendar el país hasta dejarlo como nuevo. Grabarnos sus voces como son ahora, porque las vamos a necesitar cuando el tiempo dé la vuelta sobre nuestros párpados.

Cerrar los ojos, enmendarle la plana a la razón, a la costumbre, al miedo. Revivir a los muertos, devolverlos a las vidas que los merecen. Desbaratar nuestros errores, contar aciertos que no nos permitimos, permitirnos las audacias que se adormecen en el olvido.

Cerrar los ojos a ratos, en días, y atisbar todo el mundo que nos mantiene vivos. Tener muy cerca siempre, cada vez que resulte imprescindible, la eternidad, el vuelo, la perfección, la playa, las voces de una tarde, la montaña que salta detenida en el aire, los conjuros privados, el sabor a primaria de un pan dulce, el sexo de los otros, la historia inobjetable de la condesa Olenska, el olor a gardenias que corría por el agua de un hotel en Fortín, las manos de los muertos, la luz de una ventana comiéndose al volcán, el faro en

una caja y la certeza clara de que todo es posible debajo de la piel.

ADELANTOS DE LA PROPIA MUERTE

Hay en el afán por las antigüedades y los vejestorios, una búsqueda del mundo inmutable que otros perdieron al morir. Las cosas y el paisaje no lamentan, no lloran, no parecen perder nada al perdersos.

Si algo nos rebela, más que nada, contra la muerte de quienes hemos querido, es la condición de indiferencia que el ir y venir del universo conserva mientras nuestro privadísimo cosmos se devasta con la pérdida. Pero aun nosotros, ateridos, seguimos caminando cuando mueren quienes más queremos, volvemos a comer, a soñar, a maldecir, a emocionarnos. Increíble traición, pero inevitable, volvemos incluso a ser felices. Y a veces, hasta nos sentimos más vivos que nunca. Así la vida y el mundo todo, como hemos visto que hacen cuando otros mueren, harán cuando no estemos para atestiguar su abandono. Y quién no, alguna tarde de ocio, ejerce una nostalgia anticipada y predice su muerte, juega con sus posibles muertes, con los atractivos escenarios y paisajes que conservará el universo que habitamos, cuando nosotros ya no podamos conservarlo bajo nuestra mirada.

Cavila mi desidia chantajista si mañana o el mes que entra me caigo como el martes pasado, y en lugar de romperme una pierna me rompo la cabeza, la novela que escribo se quedaría guardada en la cascarrabias Acer con que lidio

todas las mañanas. Y Emilia Sauri, con todas sus fantasías y sus tormentos, con su risa de lunas y su padre trajinando entre los tarros de porcelana de una botica antigua, se quedaría atrapada, sin futuro, sin nietos, sin casa frente al lago, sin pérdidas. No estaría mal, me digo, que esa mujer y su destino se quedaran a medias y dejaran de importunarme.

En cambio, yo me podría quedar viva hasta una tarde azul frente al mar que circunda Cozumel. Viva hasta ser una vieja pequeñita que se columpia en una mecedora de mimbre y contempla el paisaje, desde el segundo piso de una casa que tiembla cuando alguien sube los peldaños de la escalera. Viva hasta que mis bisnietos no sepan dónde ponerme y me dejen ahí con todos los muertos a los que añoré feliz, encallecida, díscola como niña, recordando la vida que hoy tengo, mientras el destino entra una tarde por la ventana que se deslumbra con el mar, y me mata de puro cansancio.

Sé de cierto que si muero mañana, el señor de la casa desterrará el pescado a la veracruzana de la cocina en que hoy predomino. Pero ya no estaré para enojarme cuando él diga que lo detesta, ni para alegar que a las visitas sí les gusta, ni para oír su voz como un enigma, diciendo irremediable *so they say*. Intuyo que mi hija dejaría de ir a clases de natación y mi hijo determinaría no volver al dentista. Pero nada más ruin les pasaría, y su vida sería como será, por más que yo piense, porque necesito pensarlo, que soy muy, pero muy importante para ellos.

Las manos son quizá lo más vivo que tenemos. Miro mis manos de ahora tecleando la computadora, incapaces que fueron de teclear bien un piano, de bordar un mantel, de pintar como las de mi hermana. Las miro ahora y me concedo el placer de pensar que pueden seguir vivas muchos años. Cada vez más torpes que aquellas que alguien tomó un día frente al aguamanil y contempló como quien mira un recuerdo: «Tienes manos de campesina italiana», pero vivas para moverse por todos los lugares que ambicionen, hasta

volverse de veras muy viejas, temblonas y cubiertas de pecas, arrugada su piel como cebolla. ¿Cómo tendré las manos cuando muera? ¿Agradecidas? De cuántas cosas tendrían que estar agradecidas. Vieja como una araña, abandonada en el sol, mirando a los volcanes, cínicos, eternos, triunfando una vez más sobre otra vida humana. Así podría morirme a los noventa y nueve, y estaría agradecida con la muerte. Agradecidas yo y mis manos viejas que habrán tocado casi todo lo que alguna vez ambicioné.

Pero puedo morirme el año próximo, aunque este hombre con el que sueño corra a tocar madera y convoque de golpe todas mis vanidades. Entonces me habré perdido de las madrugadas interrumpidas que me depare el año, del viaje en velero que aún tengo pendiente, de la boda de mi hija, y la nuera que me depare mi hijo, de la estancia en Boston y las flores de mango que perfuman el jardín de Antonio Hass en Sinaloa. Me habré perdido del estudio junto al río, de la compra inútil de una casa ruinosa en la cuatro poniente, de cambiar el piso de madera que se ha levantado en el comedor, de la película que harán con un libro cuya historia me dicen que escribí hace diez años, de alguien que pueda serlo diciendo que no le interesa ser presidente de la república, de los jacarandaes floreado durante todas las semanas santas que podría yo ver entre mis cuarenta y cinco y mis cien, del pastel de cumpleaños que me hará mi bisnieta Catalina cuando cumpla ciento uno. Me perdería también de un sinnúmero de desfalcos interiores y de muchas más devastaciones externas, pero si he de escoger a ciegas, la nada o lo que siga, prefiero sin la menor duda cualquiera de las cosas que al mundo se le ocurra que me sigan.

Es fácil fantasear con la propia muerte, cuando no es sino eso: una amenaza que sentimos remota, que podemos colocar lejísimos, entre dos montañas y los ciento veinte años, sobre el mar y los noventa y cuatro, sólo a ratos, arriesgándose mucho, a un día o diez de distancia deleble.

Con la muerte de otros no jugamos, porque la muerte ajena es una experiencia horrible que ya conocemos, la nuestra sólo es sueño, pesadilla, remedio de todos tan temido.

Si hemos de fantasear con la muerte, mejor elegir la propia y elegirla remota, como la imagina todo el que vive, porque de otro modo no se podría vivir. Y de eso nada más se trata este asunto que nos tiene pendientes de cada amanecer y cada noche, llegando como un privilegio diario a tocarnos la frente para darnos permiso de seguir en la bendita lidia, como si hacerlo fuera mérito nuestro y no arbitraria generosidad del mundo que nos cobija.

DON DE SOBREVIVENCIA

Tení en los brazos las alas de una golondrina y toda ella, desde los pies infalibles hasta los ojos tristes, estaba tocada por la gracia de una diosa antigua. No la olvido con el paso del tiempo, al contrario. El recuerdo de su afán guerrero, engarzado en un cuerpo con el que bailaba como quien dice una oración, a veces me toma un amanecer y me llena de preguntas el día, como si apenas acabaran de avisarme que decidió no vivir más. Era muy joven, y si un defecto tuvo, fue el de no haberse esperado a envejecer para mirar los desfalcos de la vida con ironía, el de no quedarse a desear sin más, que el tiempo la pusiera en el brete, le concediera el sosiego, de traicionar las pasiones y tristezas que la herían entonces. No se lo dije cuando debí, porque yo misma no había entendido que sólo se trata de eso, de sobrevivir con regocijo al desvarío en que a veces nos colocan las pasiones que consideramos más irrevocables. Tal vez por esto, la pena sin tamiz con que la pienso, esté tocada por la culpa. No supe convencerla a tiempo de que el mundo, por insoportable que parezca un día, recobra al siguiente, quién sabe ni cómo, hasta el último de sus encantos.

Cada quien encuentra sus ensalmos para arraigar en sí mismo el empeño de seguir con la vida, yo aún tengo uno en la evocación de Cinthia. Viéndola bailar, a solas, sin si-

quiera imaginarse observada, una tarde de abril entre las altas paredes del salón que albergaba sus clases, entendí que su índole estaba cruzada por la fiebre de quienes viven el arte como una religión. No era lo excepcional la fuerza de sus piernas, sino el delirio con que sus brazos rompían el aire y el espíritu iluminado que le tomaba el gesto haciéndola parecer un sortilegio. Cualquiera que la hubiese visto esa tarde, estaría dispuesto a afirmar que la vida vale la pena y tendrá dichas, mientras haya en el mundo seres capaces de producir tal magia. Creo ahora que todo lo que a ella le hubiera hecho falta, era poder mirarse en un espejo como quien mira el horizonte. Un espejo que debió decirle entonces, lo que dicen las hadas cuando prometen el futuro como ese inexorable territorio donde cabe todo lo que aún no hemos podido tocar.

Hay que oír a esas hadas para negarse al presente como una verdad sin remedio. Hay que mirar nuestro país en un espejo, para reconocerlo como el único y mejor horizonte que tenemos, como el territorio en que otros han conseguido el arte de la sobrevivencia, muchas veces antes de que nosotros nos dejáramos entrar a la retahíla de pesares y ansiedad que nos han tomado por su cuenta en los últimos tiempos. No tenemos derecho al suicidio, porque no importan sólo nuestras desgracias de ahora, sino el esfuerzo que otros hicieron por sortear tragedias mayores. Estamos comprometidos con ellos y con las mil imágenes que ha puesto en el espejo de las hadas este país al cual, para nuestra fortuna, nos ha tocado darle vida por un instante.

PAISAJES ANTES DE LA BATALLA

Hay años que no agrietarán nuestro futuro con el recuerdo de un misterio que aún nos duela, tampoco lo estremecerán evocando el inicio de una pasión ingobernable. Años cuyos días sosegados nos hicieron vivir en la fiera anormalidad de lo que llamamos normal, cuyas tardes volverán juntas, como si hubieran sido iguales, como si nada excepcional las hubiera tocado, como si no fueran excepcionales en su aparente monotonía, en su ir y volver con los mismos deberes y los mismos placeres irrepetibles.

Este 1993 que languidece con su prensa llena de horrores y sometida a presagios previsibles, que hambrea y angustia y descobija a unos, que ha traído arrebatos, amores y presagios a otros, ha pasado sin revuelo por las vidas estupefactas de algunos entre los que me cuento.

Nada horrible nos turbó, nada nos hizo creer dueños de la luz que palpita en las estrellas. Ni nos tiró la desgracia ni nos arrebató la dicha, sólo cruzó la vida por nuestro lomo y no se llevó con ella ni el sosiego ni la esperanza.

Tampoco es que hayamos perdido la gastritis, ni que el tiempo nos haya cubierto de tedio mientras tejíamos tras la ventana viendo el mismo paisaje. Es sólo que hemos gozado de lo que podríamos llamar un año flojo. Un año durante el cual nuestro destino no se antojó trasladable al argu-

mento de una novela, ni al guión de una película, ni siquiera al relleno de una teleserie.

Como se entiende, 1993 ha sido uno de esos años por los que algún día sentiremos nostalgia cuando los niños eran niños, cuando los amigos se desvelaban hasta hartarnos, cuando escribir era un deber como el colegio, cuando no íbamos a la calle por el gusto de no ir, cuando nos alegraba la llegada de Jodie Foster a una película nueva en el videoclub, cuando estaba de moda la comida japonesa, cuando odiábamos a los caballos que ensuciaban el Parque México, cuando el smog de muchas mañanas nos impedía caminar por Chapultepec, cuando nos quitábamos el dolor de cabeza con Sydolil, cuando Lola me llevó al club de precios, cuando fuimos a Ixtapa como si fuéramos importantes, cuando se inauguró el nuevo Salón México y llegó al mercadito el control turbo para el Súper Nintendo, cuando los hijos impidieron que su papá se comprara un Spirit y la mamá se cayó de los patines por última vez. Cuando nació Mercedes con sus ojos achinados y su sentencia del Mahabarata bajo el brazo:

—¿Y qué es inevitable para todos nosotros? —preguntó la fuente.

—La felicidad —dijo el muchacho.

Cuántas cosas con las que entibiaremos los recuerdos pasan en los supuestos años flojos. Cuántas cosas sé de cierto que no quiero olvidar.



Me cuenta Bruno Estañol, con su tono irónico y su voz decantando las palabras, que 1993 es el aniversario de la muerte de Charcot. Se detiene como si evocara algo imprescindible y sigue:

«Una vez le dijeron a Charcot:

—Oiga, lo que estudia usted es una cosa muy extraña.